

El palacio de los Maluendas

Un ilustre catedrático de la Universidad de Sevilla, de amplia y cultivada visión de la economía española del siglo XVI, nos manifestaba su extrañeza por la desaparición, casi total, en las viejas calles burgalesas, de las mansiones de sus renombrados mercaderes, ennoblecidas por el arte y habitadas por una clase de decisivo influjo dentro del Municipio burgalés, en la salvaguarda y expansión de los intereses mercantiles de la ciudad, cuya fisonomía ganó por ellos rango y resonancia en el movimiento comercial europeo.

Y su decepción estaba justificada, al considerar el plantel de más de doscientos acaudalados que en el año 1540 se integraban en la nómina de la Universidad o Consulado burgalés, que, individualmente o formando Compañías, mantenían actividades de exportación, principalmente de lanas, en Flandes, Francia, Inglaterra e Italia, y consolidaban el prestigio de sus casas comerciales con los seguros marítimos sobre cargamentos transportados en naves vizcaínas y santanderinas, por rutas de los mares más frecuentados.

La desaparición del movimiento mercantil a fines del siglo XVI provocó el agotamiento de opulentas familias y la ruina de la economía burgalesa, seguida de cerca por el desmantelamiento y abandono de moradas, que habían conocido un bienestar extinguido en la tristeza de nacionales infortunios.

De aquel naufragio, un reducido número de casas se salvó, y unas pocas, con la arrogancia de blasones, han llegado a nosotros en la calle de Fernán-González, señaladas, en sus tristes destinos, con bárbaras y recientes mutilaciones y con vahos de miseria que ahogan, con tan lamentable pátina, la emoción evocadora de sus maltratadas arquitecturas.

Por excepción, en esta misma calle y en el tramo conocido en siglos pasados con el nombre de Corronería, Correría y Coronería, frente al Apostolado áspero y viril de la puerta alta de la Catedral, subsiste una Casa-Palacio de aire señorial, que a fines del siglo XVI descollaba en el

caserío burgalés como residencia de los Maluendas, con la cruz ancorada de su linaje en el escudo de la portada.

Su memoria se enlaza con aspectos entrañables de la vida burgalesa.

En el año 1473, el Cabildo-Catedral cedió a su maestro de obras Juan de Colonia, unas casas en la Correría, habitadas ya por el artista y su mujer, Mari Ferrandes, casas heredadas por su hijo Simón de Colonia, y a la muerte de éste, en 1551, por Isabel de Colonia, hija de Simón.

Isabel las vendió en 1544 al mercader Nicolás de Gauna, propietario de otras casas lindantes con ellas, moviéndole tal compra el deseo de englobarlas para su total reedificación, encomendada en sus trabajos iniciales al cantero Juan de Vallejo y al maestro de carpintería Juan de Aras, positivos valores de la escultura y arquitectura burgalesas.

Una vez reconstruidas por Gauna, fueron traspasadas en el año 1565 por su viuda, Isabel de Bonifaz, al mercader y regidor burgalés Andrés de Maluenda, en 6.500 ducados. A espaldas de estas, en una casita que miraba al Pozo Seco, sumergida en la densidad monumental de las portentosas flechas levantadas por Juan de Colonia, su nieta Isabel de Colonia envejecía lentamente.

Andrés de Maluenda pertenecía a una de las ramas de esta familia, cuya frondosidad multiplicaba el apellido común en muchas casas de la ciudad y en muchas tumbas de sus iglesias y monasterios; era hermano de Fr. Antonio de Maluenda, Abad del Monasterio de San Juan, en 1560; varón de hombría, de carácter, acreditado en sus choques con el Cardenal Obispo de Burgos, don Francisco de Mendoza, a cuyas intemperancias y disgustos resistió el viejo Abad con elevada dignidad, y de Francisco de Maluenda, morador en Huerto del Rey, estrechamente asociado con Andrés en liberalidad de donativos para las obras de la iglesia de San Lesmes, en 1546, y en el comercio de lencerías con las plazas francesas de Ruen, Nantes y La Rochela, en 1554.

Los tres hermanos fueron hijos, probablemente, de Francisco de Maluenda, que en 1513 solicitaba ayuda del Concejo para colocar un reloj en la desaparecida iglesia de San Llorente (descenso de Fernán-González a la Llana).

Andrés adquirió, primeramente, para su residencia, las casas que habían pertenecido a Leonor de Covarrubias, apellidada la Romana, contiguas a la iglesia de San Lesmes, frente al Monasterio de San Juan; en ellas debió desenvolver las actividades mercaderas, que al encumbrarle económicamente le dieron una representación social envidiable como Regidor de la ciudad y Comisario por Su Magestad de Montes y Plantíos, en 1567. Si su probidad respaldaba la seriedad de los seguros marítimos concertados a su nombre, la nobleza de sus humanitarios sentimientos

acrecentaba la respetuosa estimación de los labradores de las aldeas burgalesas, beneficiados en las sementeras por el préstamo desinteresado de trigo extraído del pósito o alhóndiga establecido por él en Quintanilla del Val de Orbaneja.

Y esa nobleza trascendía del porte de Maluenda en cuantas ceremonias acordaba la ciudad, singularmente en la entrada, el 24 de octubre de 1570, de la Reina Ana de Austria, cuarta esposa de Felipe II, cuya recepción congregó a muchedumbre de burgaleses bajo el Arco de Santa María, deslumbrados por la fastuosidad corporativa de sus regidores, entre los que figuraba Andrés de Maluenda, revestidos en gentil homenaje a los colores de la Reina —blanco y encarnado— de ropas senatorias de terciopelo carmesí y raso de Florencia, calzas y jubones blancos, zapatos del mismo color, gorras negras aderezadas con plumas, espadas y dagas doradas y jinetes en briosos caballos engualdrapados, en un desfile de suntuosidad, cuyos alardes armonizaban con el espíritu altivo de la ciudad.

En los primeros días de enero de 1573, se iba del mundo Andrés de Maluenda, arrancado del holgado bienestar de su casa y de la prosperidad de sus negocios, amenazados ya de siniestros augurios, que no sabemos si los percibió antes de su definitivo descanso en la capital de las Vírgenes, del Monasterio de San Pablo.

La casa y compañía de Andrés Maluenda, repartida en haciendas, tratos y negocios en diversos lugares y reinos, prosiguió bajo la dirección de la viuda, doña Isabel de la Torre y Bernuy, tutora de los cinco hijos habidos en el matrimonio, menores todos de los veinte y cinco años. El primogénito, Francisco, y dos hermanos acompañaban en la fecha luctuosa a su madre, en Burgos; Pedro, respiraba al ambiente comercial en Ruen (Francia), y Antonio, el futuro Abad y poeta, daba vuelos en los estudios de Salamanaa, a su juventud dorada y económicamente envidiada en gran parte de los estudiantes de la famosa Universidad.

Meses después, las desventuras de las armas españolas en los Países Bajos repercutían en nuestra ciudad, al rendirse, en febrero de 1574, el puerpo de Middelburgo a los rebeldes luteranos del Príncipe de Orange, seguida de la confiscación de las naves fondeadas y de sus ricos cargamentos de lanas exportadas desde Segovía y Burgos, sobre cuyas ciudades sopló un aire de catástrofe en alcance de mercaderes y aseguradores burgaleses, medio arruinados unos, por la pérdida de mercancías, y hondamente quebrantados otros, por el pago de fuertes indemnizaciones de seguros marítimos.

En 1576, la adversidad señaló a Francisco Maluenda, hermano de Andrés, al obligarle a responder con gruesas cantidades sobre caudales asegurados al ejército español de Flandes, incautados desvergonzadamen-

te en puertos ingleses, sin previa declaración de guerra, por la Reina Isabel de Inglaterra, y estas violencias mantenían un clima de inseguridad y zozobra, agravado por las incesantes agresiones de una piratería marítima señoreada de los mares europeos.

En este panorama de desesperanza, la consideración de las pérdidas experimentadas por la vida e hijos de Andrés en los seguros de las naos secuestradas en Middelburgo, pesó en el ánimo de doña Isabel, moviéndola a disolver la Compañía de Andrés de Maluenda, con el cese de negocios y liquidación de los comenzados o pendientes.

A su testamento de 12 de febrero de 1581, otorgado en las casas de la Coronería, donde ella vivía, trasladó las líneas generales del mayorazgo instituído por el matrimonio Maluenda-Torre, engrosado con la mitad de las casas principales de la Coronería, casas y huertas de Quintanilla del Val de Orbaneja y nutridos censos en ciudades y comarcas españolas; a su disfrute llamaba sucesivamente a sus hijos y, en defecto de éstos, a su hija María Maluenda, con la obligación de ostentar las armas del linaje: «Cruz ancorada colorada en Campo amarillo y por orla ocho castillos de oro en Campo azul».

El primogénito, don Francisco Maluenda de la Torre, Regidor de Burgos, dió al mayorazgo empaque de señorío, con lujos de opulencia y bellezas concentrados en el palacio y parque del molino del Palancar, anteriormente aludido, y selló sus documentos y cartas con la Cruz de los Maluendas y la Torre o Castillo que, como blasón del apellido de su madre, componían el escudo, tal como aparece en la portada de la mansión familiar de la calle de Fernán-González.

Al margen del mayorazgo, Antonio de Maluenda, poeta y Abad de San Millán desde 1584, recibió la inclinación cordial de sus hermanos, singularmente de María de Maluenda, casada con el Capitán de los Tercios de Flandes, García de Sarmiento y Mendoza, reducido a prisión por asesinato, en el castillo de Mazalquivir (Orán) y saboreó, en creciente popularidad, los halagos de la fama y del homenaje cortesano, al ser recibido con viva complacencia por Felipe II, en la visita del Soberano a Burgos, en el año 1592.

En su juventud, engendró ilegítima descendencia, al escuchar las reiteradas llamadas de la carne, sancionadas con dosis de tribulación, que al ceñir la figura del vate burgalés de un halo de severidad, le inclinó a flagelar, con inspirado acento, los vicios y flaquezas del pueblo castellano.

Murió en 8 de diciembre de 1615, y su cuerpo descansó en la capilla de las Vírgenes (Monasterio de San Pablo), presidida por la Cruz de los Maluendas; simbolismo heráldico y hondura de la Fe católica, alentada en

corazón y en el testamento del poeta como «verdadera luz para seguir el camino que lleva a la vida aterna».

El palacio de los Maluendas, enriquecido de tradición, dio realce de señorío a la vieja barríada, sumergida en sombras de místicos reposos, pero también fue origen de inquietudes y alarmas para el monumento más excelso de la ciudad.

Al iniciarse su construcción, en 1545, surgió un manantial cuyas aguas divagaban libremente por la calle de la Coronería, con riesgo evidente para la Catedral, que el Corregidor don Francisco Castilla creyó atajar con el embargo de la obra, encomendada meses antes a Vallejo y Aras.

Quizá la intermitencia del manantial ofreció intervalos de respiro, pero en 1591 los efectos del agua se acusaron seriamente en la capilla de la Concepción y en la Escalera Dorada, en el extremo Norte del Crucero.

En 1366, ya se tramitaba un pleito de la Catedral contra don Juan de Maluenda y Teves, hijo de Pedro de Maluenda y dueño de las casas de la Coronería, considerado como responsable, por negligencia, de inundaciones en la Catedral, «edificio que tanto honra y hermosea esta ciudad».

Más tarde, en 1740, el agua provocaba desplomes en los muros próximos a la sacristía de la capilla de Santa Tecla, acabada de construir (1731-1736), y el maestro de obras, Ondátegui, achacaba los daños ocasionados a la fuente o manantial de la casa de enfrente, propia a la sazón de don Joaquín de Brizuela Gamboa y Maluenda, como poseedor del mayorazgo, quien cargaba la responsabilidad en el Cabildo-Catedral, por haber desbaratado, en ocasión de las obras de Santa Tecla, los conductos que guiaban el agua hacia San Nicolás, con descenso al río de Caldavares, y daba su conformidad para conducir el agua desde su casa al losado de la puerta de la Pellejería, hasta el río que baja por la Cerrajería (Paloma).

Apellidos de claros linajes entroncados con el de los Maluendas, han mantenido el decoro del palacio de la Coronería y le han evitado la humillación de plebeyas codicias, que hubieran ahuyentado, como en otros de la misma calle, los aires de su noble abolengo y el acento de sus piedras. de sonoras vibraciones, en el concierto monumental de la vieja ciudad.

Su último poseedor, don García de Muñoz Jalón, Conde de Castilfalé, de la rama de los Marqueses de Castrofuerte, le salvó, al restaurarle, de una ruina inevitable, y le destinó, en su última voluntad, a enriquecer, en su día, el patrimonio de la ciudad donde destacaron sus antepasados. Y su magnanimidad se encarna hoy, para el cumplimiento de la generosa ofrenda, en la fervorosa adhesión de doña María Asunción de Vinuesa y Bessón, Condesa viuda de Castilfalé.